

# 1

—Lo que quiero hacer realmente es dirigir.

Nada. Ni se inmuta. Me mira con sus grandes ojos azules, prusianos, esperando. Es probable que sea demasiado joven para reconocer el tópico. O que sea más espabilada de lo que pensaba. Esto puede facilitar la tarea de matarla, o tal vez dificultarla.

—Qué guay —exclama.

Con naturalidad:

—Tú has hecho teatro, seguro.

Se pone colorada.

—No realmente.

Bajo la cabeza, levanto los ojos. Mirada irresistible. A lo Monty Clift, en *Un lugar en el sol*. Veo que funciona.

—¿No realmente?

—Bueno..., cuando estaba en el instituto, representamos *West Side Story*.

—Y tú hiciste de María, claro.

—Qué va —contesta—. Una más del ballet.

—¿De los Jets o de los Sharks?

—De los Jets, creo. Luego hice también un par de cosas en la universidad.

—Lo suponía —asevero—. Me huelo el geniecillo del teatro a un kilómetro de distancia.

—Yo no era nada del otro mundo, de veras. No creo que nadie reparara en mí.

—Pues yo creo todo lo contrario. ¿Cómo no iban a reparar?

—Se pone colorada otro poco más. Sandra Dee en *Verano de amor*—.

No olvides —añado— que muchas famosas de la pantalla empezaron formando parte de un ballet.

—¿De veras?

—*Naturellement.*

Tiene pómulos salientes, trenzas doradas al estilo africano, labios pintados de un tono coral brillante. En 1960 habría llevado el pelo cardado o *bouffant*. Más abajo, un vestido ceñido por un ancho cinturón blanco. Y tal vez un collar de perlas falsas.

Aunque, en 1960, lo más seguro es que no hubiera aceptado mi invitación.

Estamos sentados en un bar casi vacío, en la parte oeste de Filadelfia, a unas pocas manzanas del río Schuylkill.

—¿Y qué...? ¿Cuál es tu artista de cine favorito? —pregunto.

—¿Tío o tía?

—Tía.

Medita unos momentos.

—Me gusta muchísimo Sandra Bullock.

—Pues eso... Sandy empezó actuando en una película destinada a la televisión.

—¿Sandy? ¿La conoces?

—Pues claro.

—¿Hizo de verdad películas para la tele?

—*Poderes biónicos*, 1989. Una cinta desgarradora llena de intriga internacional y de amenazas biónicas con ocasión de los Juegos para la Unidad Mundial. Sandy hacía de la chavala en silla de ruedas.

—¿Conoces a muchas estrellas de cine?

—A casi todas —Tomo su mano en la mía. Su piel es suave, tersa—. ¿Y sabes qué es lo que tienen todas en común?

—¿Qué?

—¿Sabes qué es lo que tienen todas en común *contigo*?

Se ríe, y aporrea el suelo.

—¡Dímelo!

—Todas tienen una piel perfecta.

Su mano libre se dirige maquinalmente hacia la cara, y se acaricia la mejilla.

—No lo dudes —prosigo—. Cuando la cámara se acerca, y se acerca, imposible encontrar en todo el mundo una cantidad de maquillaje suficiente para conseguir una piel resplandeciente.

Dirige la vista más allá de mí, para mirarse en el espejo.

—Piensa en lo que te digo. Todas las grandes leyendas de la pantalla han tenido una piel hermosa —insisto—. Ingrid Bergman, Greta Garbo, Rita Hayworth, Vivien Leigh, Ava Gardner. Las estrellas del cine viven para el primer plano, y el primer plano nunca miente.

Veo que algunos de estos nombres le resultan desconocidos. Lástima. Casi todas las chicas de su edad creen que el cine empezó con *Titanic*, y que el acceso al estrellato cinematográfico se decide según las veces que te invitan al programa de televisión *Entertainment Tonight*. Nunca se han enfrentado al genio de un Fellini, Kurosawa, Wilder, Lean, Kubrick o Hitchcock.

No se busca talento, se busca solamente la fama. Para las chicas de su edad, la fama es una droga. Ésta la quiere. Ésta suspira por tenerla. Todas quieren lo mismo, de una u otra manera. Por eso está conmigo. Yo encarno la promesa de la fama.

Al final de esta noche, yo formaré parte de su sueño hecho realidad.

La habitación del motel es pequeña, húmeda, corriente. Hay una cama de dos por uno y medio, y escenas de góndolas sobre panel de fibra clavadas a la pared. La sábana está enmohecida, apolillada, un sudario raído y feo que proclama miles de encuentros ilícitos. En la alfombra pervive el olor acre a debilidad humana.

Pienso en John Gavin y Janet Leigh.

Por la mañana temprano reservé la habitación interpretando mi personaje del medio oeste. Jeff Daniels en *La fuerza del cariño*.

Oigo cómo la ducha empieza a borbotear en el cuarto de baño. Respiro hondo, domino los nervios y saco el maletín de debajo de la cama. Me pongo un vestido de algodón corriente, la peluca gris y la bata con pelotillas. Mientras me abotono la bata, me echo un vistazo en el espejo del aparador. Triste. Nunca seré una mujer atractiva, ni tampoco una mujer vieja.

Pero la ilusión no puede ser mayor. Y eso es lo que importa.

Ha empezado a cantar. Una cancioncilla de moda. Su voz es bastante agradable, todo hay que decirlo.

El vapor de la ducha se cuele por debajo de la puerta del cuarto de baño: dedos largos, livianos, que parecen estar solicitándome. Empuño el cuchillo y obedezco. Me meto en el personaje. En el fotograma.

En la leyenda.

## 2

El Cadillac Escalade redujo velocidad y garabateó frente a la puerta del club Vibe; era un tiburón lustroso, satinado, en medio de un mar de neón. El atronador bajo de *Climbin' Up the Ladder*, de los Isley Brothers, retumbaba en el cuatro por cuatro, cuyas ventanillas de cristal ahumado refractaban los colores de la noche con una rutilante paleta de rojo, azul y amarillo.

Era mediados de julio —la pegajosa barriga del verano—, y el calor se filtraba por la piel de Filadelfia como una embolia.

Junto a la entrada del Vibe, en la confluencia entre Kensington y Allegheny, bajo el techo de acero del metro aéreo, se hallaba una pelirroja altísima, escultural, cuyo pelo torrencial le acariciaba los hombros antes de caerle en cascada hasta casi la cintura. Llevaba un vestido negro, corto y de tirantes, que le realzaba las curvas del cuerpo, y unos pendientes de cristal largos. Su piel, ligeramente aceitunada, resplandecía bajo una fina capa de sudor.

En aquel lugar, a aquella hora, parecía una quimera, una fantasía urbana hecha carne.

Un poco más allá, sobre el escalón de la puerta de una zapatería cochambrosa, estaba repantigado un negro sin techo. De edad indefinible, llevaba un raído abrigo de lana, pese al calor insoporrible, y estaba acariciando una botella medio vacía de Orange Mist, que tenía apretada contra el pecho cual bebé adormecido. A poca distancia, le estaba esperando, fiel como un corcel, su carrito de la compra rebosante de objetos birlados.

Dieron las dos de la madrugada, y se abrió de golpe la puerta del conductor del Escalade, inundando la noche bochornosa de

una densa nube de marihuana. El que se bajó era un tipo enorme y un sí es no es inquietante. Sus enormes bíceps amenazaban con reventar las mangas de su traje de lino cruzado color azul marino. D'Shante Jackson, una auténtica viga de metal ambulante que aún no tenía treinta años, había jugado de *running back* en el instituto Edison del norte de Filadelfia. Medía uno noventa y pesaba noventa y ocho musculosos kilos.

Tras mirar D'Shante a ambos lados de la calle Kensington y comprobar que no había ninguna amenaza a la vista, abrió la puerta trasera del Escalade. Su jefe, que le pagaba mil dólares semanales para que velara por su seguridad, se apeó del coche.

Trey Tarver tenía unos cuarenta y pico años. Era un negro de piel clara que se movía con gracia y agilidad a pesar de su obesidad en aumento. De uno setenta y tres de estatura, hacía varios años que había superado la marca de los noventa kilos y, dada su afición al pudín y a los bocadillos de jamón, tenía todas las cartas para seguir engordando. Llevaba un traje negro de tres botones Hugo Boss y unos zapatos de piel de becerro Mezlan. En ambas manos lucía sendas sortijas de diamantes.

Se alejó del Escalade y se planchó las arrugas de los pantalones. Luego se atusó el pelo, que llevaba largo, al estilo Snoop Dog, si bien le sobraba una generación para seguir legítimamente la moda hip-hop. Si le preguntabas al mismo Trey Tarver, llevaba el pelo como Verdine White uno de los Earth, Wind & Fire.

Se estiró los puños de la camisa y echó un vistazo al cruce, su coto privado. K&A, como se llamaba esta intersección, había tenido muchos dueños, pero ninguno tan implacable como Trey "TNT" Tarver.

Cuando estaba a punto de entrar en el club, reparó en la pelirroja. Su pelo luminoso era un faro en la noche; sus piernas longilíneas, sendas luces estroboscópicas. Trey levantó una mano y se acercó a la mujer, para estupor de su guardaespaldas. En una esquina como *aquella*, Trey Tarver era fácil blanco de los cañoneros que pasaban tanto por Kensington como por Allegheny.

—Hola, muñeca —aventuró Trey.

La pelirroja se volvió para mirarlo, como si acabara de reparar en él. Era evidente que lo había visto llegar y bajarse del coche. La actitud de fría indiferencia formaba parte integrante del juego.

—Hola, guapo —le contestó al fin, sonriendo—. Qué, ¿te apetece?

—¿Que si me apetece? —Trey reculó para verla mejor—. Mira, nena, si fueras sopa te engullía de un trago.

La pelirroja se rió.

—Qué lindo.

—Tú y yo... Vamos a llegar a un trato.

—Venga, vamos.

Trey miró a la puerta del club, luego a su reloj, un Breitling de oro.

—Dame veinte minutos.

—Ah, entonces dame un anticipo.

Trey Tarver sonrió. Era un hombre de negocios, curtido en mil batallas, adiestrado en los sórdidos y violentos proyectos del reverendo Richard Allen. Sacó un fajo, escogió uno de cien y lo sostuvo en el aire. Cuando la pelirroja fue a cogerlo, él lo retiró.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

La pelirroja dio medio paso hacia atrás, una mano en la cadera. Lo miró de arriba abajo y de abajo arriba. Ella tenía unos ojos ligeramente castaños, moteados de oro, y unos labios sensuales, carnosos.

—Déjame que lo adivine —declaró—. ¿Daye Diggs?

Trey Tarver se rió.

—Muy bien.

La pelirroja le guiñó el ojo.

—Sé quién eres.

—¿Cómo te llamas?

—Scarlet.

—*No jodas*. ¿De verdad?

—De verdad.

—¿Como la de la película ésa?

—Sí, mi amor.

Trey Tarver ponderó la situación unos instantes.

—Mejor que mi dinero no se lo lleve el viento, ¿oyes lo que te digo?

La pelirroja sonrió.

—Oído, chatín.

Cogió el billete y se lo metió en el bolso. En aquel momento, D'Shante lo cogió por un brazo. Trey asintió con la cabeza. Tenían negocios que hacer en el club. Al girarse para entrar, los faros de un coche hicieron brillar un objeto que emitía tenues e intermitentes destellos cerca del zapato derecho del hombre sin techo. Un objeto metálico y reluciente.

D'Shante siguió el reguero de luz. Vio la fuente.

Era una pistola enfundada en una pistolera de tobillo.

—¿Qué cojones es *eso*? —exclamó D'Shante.

El tiempo giró sobre un eje loco, el aire se volvió eléctrico de golpe con la promesa de violencia. Los ojos se encontraron, y la verdad fluyó como una furiosa corriente de agua.

Se había liado.

La pelirroja vestida de negro —la detective Jessica Balzano, de la Brigada de Homicidios del Departamento de Policía de Filadelfia—, dio un paso atrás y, con un movimiento suave, experto, se sacó del escote la chapa, que llevaba sujeta con una correa, y del bolso su pistola Glock 17.

A Trey Tarver lo buscaban por su implicación en dos asesinatos. Los detectives llevaban tres noches seguidas vigilando el club Vibe —además de otros tres clubes por el estilo—, esperando que Tarver se dejara ver. Era de todos sabido que éste realizaba muchos de sus negocios en el club Vibe, y también que sentía cierta debilidad por las pelirrojas altas. Trey Tarver se creía intocable.

Aquella noche fue tocado.

—¡Policía! —gritó Jessica—. ¡Enséñame las manos!

Para Jessica, todo empezó a moverse en una secuencia de sonido y color. Vio moverse al hombre sin techo. Notó en la mano el peso de su Glock. Vio agitarse algo color azul brillante: el arma de D'Shante, un Tec-9, un fusil de repetición de cincuenta balas.

*No, pensó Jessica. No mi vida. No esta noche.*

No.

El mundo se había desanudado, se había disparado a toda velocidad.

—*¡Dispara!* —aulló Jessica.

En aquel momento, el detective John Shepherd, el sin techo del escalón, se puso en pie. Pero, antes de que pudiera desenfundar el arma, D'Shante se había dado media vuelta y le había golpeado en la frente con la culata de su Tec, arrancándole la piel encima del ojo derecho y dejándolo K.O. Shepherd se desplomó al instante. El chorro de sangre, que le inundaba los ojos, no le dejaba ver.

D'Shante levantó el arma.

—*¡Suéltala!* —le gritó Jessica, Glock en ristre. D'Shante no mostró el menor signo de obedecerle.

—*¡Suéltala ahora mismo!* —repitió.

D'Shante levantó el arma. Apuntó.

Jessica disparó.

La bala penetró en el hombro derecho de D'Shante Jackson, produciendo un revoltijo espeso, color rosa, de músculo, carne y hueso. El Tec salió volando de sus manos, y él mismo dio una vuelta completa antes de desplomarse, en medio de gritos de sorpresa y dolor. Jessica se acercó un poco y dio una patada al Tec, que se deslizó hasta donde estaba Shepherd, todo ello sin dejar de apuntar con su arma a Trey Tarver. Éste se hallaba, con las manos arriba, en la boca de un callejón. Si las informaciones eran correctas, llevaba en una riñonera su semiautomático calibre 32.

Jessica dirigió la mirada a donde estaba John Shepherd. Estaba aturdido, pero sin perder la conciencia. Aunque sólo apartó la mirada de Trey Tarver un par de segundos, bastó para que éste saliera disparado por el callejón.

—¿Estás bien? —preguntó Jessica a Shepherd.

—Estoy bien —contestó éste limpiándose la sangre de los ojos.

—¿Seguro?

—*¡Vé.*

Mientras Jessica se perdía entre las sombras del callejón, D'Shante consiguió sentarse en el suelo. La sangre que le brotaba

del hombro le llegaba hasta los dedos. Sus ojos estaban fijos en el Tec.

Shepherd armó su Smith & Wesson 38 y apuntó a la frente de D'Shante.

—Venga, dame una razón, so cabrón —le espetó.

Metió la mano que tenía libre en el bolsillo de la chaqueta para coger el walkie. Había cuatro detectives en una furgoneta estacionada a media manzana de distancia, esperando una llamada. En cuanto Shepherd vio la funda del walkie, supo que no acudirían: en su caída, había aplastado el aparato. Pulsó unos botones, pero nada: muerto.

Esbozó una mueca y miró al callejón, sumido en la oscuridad.

Mientras cacheaba y esposaba a D'Shante, Jessica tendría que vérselas ella sola.

En el callejón se amontonaban muebles viejos, neumáticos, aparatos oxidados. Hacia la mitad, a la derecha, había una desviación. Con la pistola bajada, Jessica avanzó sigilosamente por el callejón, pegada a la pared. Se quitó la peluca; el pelo, que se había cortado hacía poco, lo tenía erizado y sudoroso. Una ligera brisa la refrescó un poco y la ayudó a aclarar sus pensamientos.

Inspeccionó la esquina. Ningún movimiento. Ningún Trey Tarver a la vista.

Un poco más allá, a la derecha, por la ventana de un telerrestaurante chino abierto toda la noche salía un vapor muy denso, acompañado de un penetrante olor a jengibre, ajo y cebolleta. Más allá, un montón de tuestos formaba siniestras sombras en la oscuridad.

La buena noticia era que se trataba de un callejón sin salida: Trey Tarver estaba atrapado.

La mala, que podía ser cualquiera de aquellas figuras e iba armado.

*¿Dónde diablos están los refuerzos?*

Jessica decidió esperar.

De repente, una sombra dio unos cuantos bandazos. Jessica vio el fogonazo de la boca del cañón justo antes de oír la detonación.

La bala impactó en la pared a un palmo por encima de su cabeza. Cayó polvillo de ladrillo.

*Oh, no, por favor.* Jessica pensó en su hija, Sophie, sentada en la sala de espera de algún hospital de postín. Pensó en su padre, oficial de policía retirado. Pero sobre todo pensó en la gran lápida que había en el vestíbulo de Jefatura, lápida reservada a los oficiales del Departamento caídos en acto de servicio.

Más movimiento. Tarver corría ahora, agazapado, hacia la boca del callejón. Jessica salió al espacio abierto y disparó.

—¡No te muevas!

Tarver se detuvo, con los brazos abiertos.

—¡Tira el arma! —le gritó Jessica.

La puerta trasera del restaurante chino se abrió de repente. Un ayudante de cocina se interpuso entre Jessica y su blanco. Las dos enormes bolsas de basura que llevaba le impidieron ver lo que había detrás.

—¡Policía! ¡Apártate de ahí!

El chaval se quedó quieto, pasmado. Miró a ambos lados del callejón. Más allá, Trey Tarver se dio media vuelta y volvió a disparar. El segundo disparo se estrelló en la pared sobre la cabeza de Jessica, más cerca esta vez. El joven chino se lanzó al suelo. Jessica ya no podía esperar ayuda.

Trey Tarver desapareció detrás de un contenedor. Jessica avanzó pegada a la pared, Glock en ristre. El corazón le latía salvajemente. El sudor le inundaba toda la espalda. Repasó mentalmente el catálogo de instrucciones para situaciones como ésta, pero no encontró *nada* que le dijera cómo actuar. Se acercó al hombre armado.

—No tienes escapatoria, Trey —le gritó—. Hay agentes especiales en el tejado. Ríndete.

No obtuvo respuesta. Eso es que pensaba que se trataba de un farol. Saldría como una exhalación, dispuesto a convertirse en una leyenda de la calle.

Cristal roto. ¿Había ventanas en los sótanos de aquellos edificios? Miró a la izquierda. Sí. Ventanas con postigos de acero. Unas, cerradas a cal y canto; otras, no.

*Mierda.*

Se le estaba escapando. Tenía que moverse de allí. Se acercó al contenedor, se puso de espaldas a él y se agachó. Miró debajo. La escasa luz que había le habría permitido empero distinguir la silueta de los pies de Tarver, si es que aún estaba al otro lado. No estaba. Jessica dio unos pasos más y vio un montón de bolsas de basura y de desperdicios sueltos: planchas de pladur apiladas, botes de pintura, maderos desechados. Tarver se había ido. Miró al otro lado del callejón y vio la ventana rota.

¿Se había colado por esa ventana?

Estaba a punto de volver a la calle para pedir por teléfono que acudiera una unidad a registrar el edificio cuando vio unos zapatos sobresaliendo por debajo del montón de bolsas de basura.

Respiró hondo, intentando calmarse. No funcionó. Aunque hubiera pasado semanas enteras intentándolo, no lo habría conseguido.

—Levántate, Trey.

Nada, ni un movimiento.

Jessica respiró otra vez, repasando mentalmente el guión: “Señoría, como el sospechoso ya me había disparado dos veces, pensé que no debía correr más riesgos. Así que, al ver que se movía la bolsa de plástico, disparé. Todo sucedió muy deprisa. Antes de darme cuenta, ya había vaciado el cargador entero en el cuerpo del sospechoso”.

Un ligero frufú de plástico.

—*Espera.*

—Lo imaginaba —profirió Jessica—. Y ahora, despacito... Repito, *muy, muy* despacio deja la pistola en el suelo.

Unos segundos después, se deslizaba una mano por el suelo, con una pistola semiautomática calibre 32 anillada a un dedo. Tarver dejó la pistola en el suelo. Jessica la cogió.

—Y ahora levántate. Y no hagas ninguna tontería. Las manos, que se puedan ver bien.

Trey Tarver emergió lentamente del túmulo de bolsas de basura. Se puso en pie, frente a ella, las manos a los lados, los ojos mirando nerviosamente de izquierda a derecha. Iba a desafiarla, seguro. Después de ocho años en el Cuerpo, distinguía bien las miradas.

Aunque la había visto abatir a un hombre apenas un par de minutos antes, la iba a *desafiar*.

Jessica sacudió la cabeza.

—Seguro que no tienes ganas de follar conmigo esta noche, Trey —soltó—. Tu amiguito alcanzó a mi compañero y tuve que dispararle. Además, tú me has disparado a *mí*. Y, lo que es peor, has hecho que se desprenda un tacón de mis mejores zapatos. Sé un hombre y apecha con las consecuencias. Hasta aquí has llegado.

Tarver la miró, tratando de derretir el hielo de aquella mujer con su fuego carcelario. Pero, unas décimas de segundo después, viendo el sur de Filadelfia en sus ojos, se dio cuenta de que no iba a funcionar. Se llevó las manos a la nuca, con los dedos entrelazados.

—Y ahora vuélvete —le ordenó Jessica.

Trey Tarver le miró las piernas, el vestido corto. Sonrió. Su diente de diamante relució a la luz de la farola.

—Tú primero, zorra.

¿Zorra?

¿Zorra?

Jessica miró al callejón. El chaval chino había vuelto al restaurante. La puerta estaba cerrada. Estaban solos.

Miró al suelo. Trey estaba pisando un tablero desechado de medio metro de ancho por dos de largo. Un extremo descansaba precariamente sobre un bote de pintura abandonado. El bote estaba a unos centímetros del pie derecho de Jessica.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Unas llamas frías en los ojos de Trey.

—He dicho “Tú primero, *zorra*”.

Jessica dio una patada al bote. En aquel momento, la mirada de Trey Tarver lo dijo todo: una expresión no muy distinta a la del Coyote, en el momento en el que el infeliz personaje de los dibujos animados se da cuenta de que ya no tiene tierra bajo sus pies. Trey se desplomó cual *origami* mojado, golpeándose la cabeza contra el borde del contenedor.

Jessica lo miró a los ojos. O, más exactamente, al blanco de sus ojos. Trey Tarver había perdido el conocimiento.

*iUps!*

Jessica lo puso boca abajo justo en el momento en el que un par de detectives de la Brigada de Fugitivos llegaba por fin al lugar de los hechos. Ninguno de ellos había visto nada, y aun cuando hubieran visto algo, Trey Tarver distaba mucho de tener admiradores en el Departamento. Uno de ellos le lanzó unas esposas.

—Sí, hombre, claro que sí —le aseguró Jessica a su presa inconsciente mientras le encasquetaba las esposas—. Tú y yo vamos a hacer unos cuantos negocietes juntos. Así que zorra...

Después de conseguir pescar a un delincuente, hay un momento en el que los policías desaceleran el ritmo, se felicitan, evalúan su actuación y ponen el pie en el freno. Es el momento en el que la moral está en su punto más alto. Después de ir donde estaban las tinieblas, habían logrado emerger a la luz.

Quedaron para cenar en el Melrose Diner, un restaurante abierto las veinticuatro horas del día situado en la avenida Snyder.

Habían dejado fuera de combate a dos tipos muy peligrosos. No se habían producido bajas, y la única herida grave se la había llevado alguien que se la merecía. La buena noticia era que el tiroteo había sido, que ellos supieran, bastante limpio.

Jessica llevaba ocho años en el cuerpo de policía. Con uniforme los cuatro primeros, pasó después un período en la Brigada de Tráfico, una división de la sección de delitos de la ciudad. El pasado mes de abril, había entrado a formar parte de la Brigada de Homicidios. En este breve período de tiempo, había visto demasiadas cosas espantosas. Estaba la joven latinoamericana asesinada en un descampado de Northern Liberties, colocada, envuelta en una alfombra, en la baca de un coche y abandonada en el parque de Fairmount. Estaba el caso del joven al que sus compañeros de clase habían convencido para que acudiera a un parque, donde le habían robado y golpeado hasta matarlo. Y estaba el caso del asesino del rosario<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Las chicas del rosario* Arttime Ediciones 2006

Jessica no era la primera, ni la única, mujer que había en la Brigada, pero cada vez que alguien se incorporaba a una unidad tan pequeña y endogámica, se producía una reacción de desconfianza, un oficioso período de prueba. Su padre había sido una leyenda en el Departamento, pero aquello era muy difícil de repetir.

Tras el preceptivo parte, Jessica acudió a la cena. Al punto, los cuatro detectives allí presentes —Tony Park, Eric Chaves, Nick Palladino y un vendado John Shepherd— se levantaron de sus taburetes y pusieron las manos contra la pared despatarrados a modo de tributo.

Jessica no pudo por menos que echarse a reír.

Prueba superada.

### 3

Ahora mirarla resulta bastante duro. Su piel ya no es perfecta, sino como una seda desgarrada. Los charcos de sangre alrededor de su cabeza son casi negros a la tenue claridad de la tapa del maletero.

Echo un vistazo a la zona del parking. Estamos solos, a unos pies del río Schuylkill. El agua lame el muelle, ese eterno testigo de la ciudad.

Cojo el dinero y lo coloco entre los repliegues del periódico. Pongo el periódico sobre la chica, dentro del maletero, y cierro la tapa.

Pobre Marion.

Era una preciosidad. Tenía un encanto pecoso que me recordaba a Tuesday Weld en *Buenos tiempos*.

Antes de abandonar el motel, limpié la habitación, rasgué el recibo de la habitación, que arrojé al váter, y tiré de la cadena. No había utilizado fregona ni cubo. Cuando ruedas una película con pocos medios, te las apañas como puedes.

Ella me mira ahora con ojos que ya no son azules. Puede que fuera guapísima, y que alguien la tuviera por trasunto vivo de la perfección, pero, fuera lo que fuera, no era ningún ángel.

Las luces de la casa están apagadas; la pantalla parpadea y se enciende. Las próximas semanas, se hablará mucho de mí en la ciudad de Filadelfia. Se dirá que soy un psicópata, un loco, una fuerza maligna salida de las entrañas del infierno. Conforme vayan cayendo cadáveres y tiñéndose de rojo los ríos, seré objeto de algunas reseñas espantosas.

No os creáis ni una palabra.

Soy incapaz de matar una mosca.

*Seis días después*

Tenía un aspecto completamente normal. Hasta se podría decir que era afable, como una tía soltera que te mimaba sistemáticamente. Medía un metro sesenta y no debía pesar más de cincuenta kilos con su maillot de licra negro y sus impolutas Reebok blancas. El pelo, corto, rojo ladrillo, y los ojos de un azul claro. Los dedos, largos y delgados, y las uñas, acicaladas y sin pintar. No llevaba joyas.

Para el mundo exterior, esta mujer físicamente en forma, que rozaba la mediana edad, tenía un aspecto agradable.

Para el detective Kevin Francis Byrne, era una mezcla de Lizzie Borden, Lucrecia Borgia y Ma Barker, el resultado de lo cual se parecía bastante a Mary Lou Retton.

—Puede mejorarlo —afirmó ella.

—¿Qué quiere decir? —acertó a preguntar Byrne.

—El insulto que me ha lanzado mentalmente. Usted es capaz de algo mejor.

Qué *bruja* de mujer, pensó él.

—¿Qué le hace pensar que la he insultado?

Ella se rió con su risa estridente, de Cruella De Vil. Los perros de medio planeta se encogieron de susto.

—Llevo en esto casi veinte años, detective —le explicó—. Me han llamado todo lo llamable. Cosas que ni siquiera se imagina. Me han escupido, zarandeado, maldecido en al menos una docena de lenguas, incluida la apache. Han hecho efigies de mi persona según

el rito vudú y han ofrecido novenas para que padeciera una muerte dolorosa. Le aseguro que no hay tortura imaginable que no me hayan deseado ya.

Byrne seguía mirándola sin pestañear. Nunca había sospechado que él fuera tan transparente. ¡Vaya detective!

Kevin Byrne llevaba dos semanas asistiendo en el HUP, el Hospital de la Universidad de Pensilvania, a unas sesiones de rehabilitación que debían durar doce semanas en total. Le habían disparado a quemarropa el domingo de Pascua en el sótano de una casa del norte de Filadelfia. Aunque se esperaba que su recuperación fuera completa, había aprendido pronto que frases como *recuperación completa* eran generalmente más producto del voluntarismo que de otra cosa.

La bala, la que llevaba grabado su nombre, se había alojado en el lóbulo occipital, aproximadamente a un centímetro del tronco del encéfalo, y aunque no le había afectado al sistema nervioso, siendo todo el daño de índole vascular, había sido sometido a casi doce horas de cirugía craneal, pasando seis semanas de coma inducido y casi dos meses de cuidados intensivos en el hospital.

La bala de marras se hallaba ahora sobre su mesita de noche, encastrada en un cubito de metacrilato, macabro trofeo regalo de la Brigada de Homicidios.

El daño más grave no se lo había producido la bala al penetrarle en el cerebro, sino más bien la postura de su cuerpo al caer al suelo, una torcedura antinatural de la parte baja de la espalda. Este movimiento le había dañado el nervio ciático, el que discurre por la parte baja de la columna, llegando hasta el trasero, la parte posterior del muslo y, finalmente, hasta el talón, conectando así la espina dorsal con los músculos de la pierna y el pie.

Y, aunque la lista de sus padecimientos era bastante nutrida, el disparo en la cabeza era un mero incordio comparado con el dolor generado por el nervio ciático. A veces le parecía que alguien estuviera clavándole un cuchillo puntiagudo en la pierna derecha, lo subiera luego por la parte inferior de la espalda y se detuviera a hurgarle varias vértebras.

Tenía libertad para volver al trabajo tan pronto como los médicos le dieran el alta, y tan pronto como él se sintiera apto. Hasta entonces, era oficialmente un “heas”: un herido en acto de servicio. Paga completa, baja laboral y todas las semanas una botella de whisky Early Times de parte de la Brigada.

Si bien aquella ciática aguda era lo más doloroso que había padecido, el dolor había sido su compañero toda la vida. Había sufrido quince años seguidos de espantosas migrañas, desde la primera vez que le dispararon y estuvo a punto de ahogarse en las gélidas aguas del río Delaware.

Había hecho falta una segunda bala para liberarlo de las terribles migrañas. Aunque no recomendaba a nadie que le dispararan en la cabeza como terapia contra nada, no estaba dispuesto a criticar su curación. Desde el día en que le habían disparado por segunda vez —que era de esperar fuera también la última—, no había vuelto a padecer un solo dolor de cabeza.

Tómese usted dos proyectiles de punta plana y llámeme mañana por la mañana.

Dicho lo cual, estaba cansado. Dos décadas ejerciendo de policía en una de las ciudades más duras lo habían dejado casi sin voluntad. Byrne se había dedicado a su profesión en cuerpo y alma, y aunque se había enfrentado a algunos de los tipos más violentos y depravados al este de Pittsburgh, su adversario actual era una pequeña fisioterapeuta de nombre Olivia Leftwich y su maletín de torturas sin fondo.

Byrne estaba de pie junto a una pared de la sala de rehabilitación, con la pierna derecha, paralela al suelo, apoyada en una barra que le quedaba a la altura de la cintura. Perseveraba estoicamente en la postura pese a las ganas terribles de cometer un asesinato que sentía en aquellos momentos. El menor movimiento le hacía chisporrotear como una bengala.

—Está haciendo grandes progresos —le hizo saber la fisioterapeuta—. Estoy impresionada.

Byrne lanzó varios puñales con la mirada a aquel diablo con forma de mujer. Ella encogió los cuernos y sonrió. No había colmillos a la vista.

Todo forma parte del engaño, pensó Byrne.  
Todo forma parte del timo.

Aunque el Ayuntamiento era el epicentro oficial de Filadelfia, y el Independence Hall el corazón y alma históricos de la ciudad, el lugar máspreciado y visitado seguía siendo la Rittenhouse Square, plaza situada en la calle Walnut, entre las calles Dieciocho y Diecinueve. Si bien no tan famosa como la Times Square neoyorkina o el Picadilly Circus londinense, Filadelfia se sentía legítimamente orgullosa de la Rittenhouse Square. A la sombra de hoteles de postín, iglesias históricas, edificios de oficinas altísimos y tiendas de moda, al mediodía de un día de verano la plaza estaba abarrotada de gente.

Byrne estaba sentado en un banco junto a la escultura de Barye *León aplastando a una serpiente*, que se levanta en el centro de la plaza. Byrne medía uno ochenta en octavo curso y había alcanzado su máxima altura —uno noventa— en sus años de instituto. En su época de estudiante y de servicio militar, y durante todo su período como policía, había sabido sacar provecho a su corpulencia, consiguiendo a menudo desactivar conflictos potenciales con sólo ponerse de pie.

Pero ahora, con su bastón, su tez grisácea y sus andares vacilantes, producto de los analgésicos que tomaba, se sentía pequeño, insignificante y anulado por la multitud que se agolpaba en la plaza.

Como le ocurría siempre que salía de una sesión de rehabilitación, prometió solemnemente no volver nunca más. ¿Cómo podía una terapia empeorar de hecho su dolor? ¿De quién había sido esta idea? No suya. ¡Ya nos veremos las caras un día, Olivia la huna!

Repartió su peso en el banco y consiguió dar con una postura razonablemente cómoda. Unos momentos después, su mirada se detenía en una adolescente que estaba atravesando la plaza, intentando abrirse paso entre bicicletas, hombres de negocios, vendedores y turistas. Era esbelta, atlética y felina de movimientos; el pelo, fino, casi blanco de tan rubio, recogido en un moño. Llevaba un vestido de verano color melocotón y sandalias. Los ojos, color

aguamarina, de un brillo deslumbrante. Cada chaval con menos de veintiún años (y más de un hombre adulto) se quedaba embobado mirándola. Tenía ese aplomo elegante que sólo puede ser fruto de una auténtica gracia interior, y una belleza fría y encantadora que proclamaba al mundo que estaba ante alguien especial.

Al acercarse, Byrne supo enseguida por qué aquella figura le resultaba tan familiar. Era Colleen, su hija. Durante unos instantes, casi no la había reconocido.

Colleen estaba en el centro de la plaza, buscándolo a él, la mano en la frente para protegerse del sol. No tardó en encontrarlo. Lo saludó con la mano y le lanzó esa tenue y tímida sonrisa que tan bien venía explotando desde que era pequeña, ésa con la que había conseguido una bicicleta Barbie con cintas rosas y blancas en el manillar cuando sólo tenía seis años, y con la que, últimamente, había conseguido apuntarse a un campamento de verano pijo para niños sordos, un campamento que su padre apenas si le podía costear.

*Qué cosa tan guapa*, pensó Byrne.

La incandescente piel irlandesa que Colleen Siobhan Byrne había heredado de su madre era para ella a la vez una maldición y una bendición. Una maldición porque podía quemarse la piel en tan sólo cinco minutos en un día como aquél. Y una bendición porque, con aquella piel casi translúcida, era la más guapa de todas. Aquel esplendor immaculado a los trece años de edad seguro que se convertiría en una belleza de las que quitan el hipo a los veinte o treinta años.

Colleen lo besó en la mejilla y se abrazó a él, pero suavemente, de sobra consciente de la mirada de achaques y padecimientos de su padre. Luego le borró la marca del lápiz de labios que le había dejado.

¿Cuándo habrá empezado a pintarse?, se preguntó Byrne.

—¿Hay demasiada gente para ti? —le preguntó por señas.

—No —le contestó Byrne, también por señas.

—¿Seguro?

—Seguro —reiteró Byrne—. Me gusta el barullo.

Era una mentira monda y lironda, y Colleen lo sabía, pero sonrió.

Colleen era sorda de nacimiento a causa de una anomalía genética, que por cierto le había creado más quebraderos de cabeza a su padre que a ella misma. Mientras Kevin Byrne había pasado muchos años lamentando lo que él consideraba arrogantemente un hándicap en la vida de su hija, ésta se había lanzado de cabeza a la vida, sin pararse ni una sola vez a lamentar su supuesta desgracia. Sacaba sobresalientes en sus estudios, era una atleta impresionante, y toda una experta en el lenguaje de signos americano, así como en leer los labios. Y ahora estaba aprendiendo también el lenguaje de signos noruego.

Eran numerosas las personas sordas, según había comprobado Byrne hacía mucho tiempo, que demostraban una gran franqueza y precisión en sus comunicaciones, sin perder tiempo en conversaciones insustanciales e inhibidas como harían tantas personas que sí podían oír. Muchas funcionaban con el que se denominaba jocosamente como PHS —Patrón Horario de los Sordos—, en referencia al hecho de que las personas sordas tienden a llegar tarde debido a su afición a las conversaciones largas. Una vez que se ponían a conversar, era difícil parlarlas.

El lenguaje de signos, aunque sumamente matizado por derecho propio, era, al fin y al cabo, una modalidad de taquigrafía. Byrne se esforzaba al máximo por estar al día. Había aprendido este lenguaje cuando Colleen era aún muy joven y se había acostumbrado a él con bastante facilidad, habida cuenta de la poca afición a los estudios que había mostrado en sus años mozos.

Colleen encontró un hueco en el banco y se sentó. Byrne se había detenido en Cosi para comprar un par de ensaladas. Estaba seguro de que Colleen no iba a comer —¿qué chica de trece años come a mediodía en estos tiempos?—, y no se equivocó. Colleen sacó de la mochila su botella de Diet Snapple y le quitó el precinto.

Byrne abrió su bolsa y se dispuso a meterle mano a la ensalada. Llamó la atención de su hija para decirle por señas:

—¿Seguro que no tienes hambre?

Ella le lanzó una mirada archiconocida: *papi...*

Permanecieron sentados un buen rato, disfrutando de la mutua compañía y del calor del día. Byrne escuchó el batiburrillo de sonidos

veraniegos: la discordante sinfonía de cinco tipos de música diferentes, la risa de los niños, la animosidad de una discusión política que se estaba desarrollando detrás de ellos, el incesante runrún del tráfico. Trató de imaginar una vez más qué debía de sentir Colleen en un lugar como aquél, inmersa en el profundo silencio de su mundo.

Byrne metió en su bolsa lo que quedaba de ensalada y miró a Colleen.

—¿Cuándo te vas al campamento? —le indicó por señas.

—El lunes.

Byrne asintió.

—¿Te hace ilusión?

La cara de Colleen se iluminó.

—Sí.

—¿Quieres que te lleve en coche?

Byrne vio una ligera vacilación en los ojos de Colleen. El campamento se hallaba al sur de Lancaster, un agradable viaje de dos horas al oeste de Filadelfia. El retraso en la respuesta de Colleen significaba una cosa. La iba a llevar su madre, probablemente en compañía de su nuevo novio. Colleen carecía de la habilidad de su padre para ocultar sus emociones.

—No, ya lo tengo concertado.

Mientras conversaban por señas, Byrne se dio cuenta de que varias personas los estaban observando. Aquello no era algo nuevo. Al principio, lo ponía nervioso, pero ahora ya se había acostumbrado. La gente era muy cotilla. Un año antes, un día en que Colleen y él estaban en el parque de Fairmount, un adolescente con monopatín que llevaba tiempo intentando impresionar a Colleen se había subido a una barandilla de hierro y caído al suelo con un gran porrazo justo a los pies de Colleen.

Al levantarse, trató de restarle importancia a la caída. Colleen apartó la mirada del joven y la dirigió a su padre, exhalando un suspiro que significaba: *pobre gilipollas*.

El joven sonrió, pensando que había marcado un punto.

Lo de ser sordo tenía sus ventajas, y Colleen Byrne las conocía todas.

El gentío disminuyó ligeramente al empezar los hombres y mujeres de negocios a volver a su trabajo, visiblemente a regañadientes. Byrne y Colleen observaron cómo un terrier Jack Russell de varios colores trataba de subir a un árbol cercano, importunando a una ardilla que se balanceaba en la rama más baja.

Byrne miró a su hija mientras ella miraba al perro. El corazón le iba a explotar. Era tan tranquila, tan equilibrada... Se estaba volviendo una mujer ante sus ojos, y él tenía un miedo horrible a que lo dejara marginado. Hacía mucho tiempo que no vivían juntos, en familia, y él sospechaba que su influjo —esa parte de él que era aún positiva para ella— se estaba esfumando.

Colleen consultó su reloj y frunció el ceño.

—Tengo que irme —le dijo por señas.

Byrne asintió. La grande y terrible ironía de envejecer era que el tiempo pasaba demasiado deprisa.

Colleen llevó las sobras de los dos hasta una papelería cercana. Byrne notó cómo todos los varones que pasaban por allí la miraban irremediabilmente. Qué poca gracia le hacía aquello...

—¿No te importa que me vaya? —preguntó.

—No —mintió Byrne—. ¿Te veo el fin de semana?

Colleen asintió.

—Te quiero —le dijo

—Yo también, preciosidad.

Volvió a abrazarlo y lo besó en la coronilla. Él la vio perderse entre la multitud, en medio del fragor meridiano de la ciudad.

Un instante después, había desaparecido.

Parecía perdido.

Estaba sentado en la parada del autobús, leyendo *El manual de bolsillo del lenguaje de signos americano*, un libro de consulta fundamental para cualquiera que quiera aprender o perfeccionar este lenguaje. Se esforzaba por mantener recto el libro sobre sus rodillas al tiempo que trataba de formar palabras con la mano derecha. Desde donde se hallaba Colleen, parecía que estaba practicando un lenguaje o bien muerto desde hacía tiempo o bien aún no

inventado. Pero ciertamente no era el lenguaje de signos americano.

Nunca lo había visto antes en la parada de autobús. Era bien parecido, mayor —bueno, todo el mundo era mayor que ella—, pero de rostro amable. Y le pareció muy graciosa su manera de hojear el libro. Él levantó la vista y vio que ella lo estaba observando. Ella le dijo por señas “hola”.

Él sonrió, algo tímido pero manifiestamente encantado de que alguien próximo hablara el lenguaje que él estaba tratando de aprender.

—¿Soy... tan... malo? —garabateó en el aire con las manos.

Aunque ella deseaba ser amable y darle ánimos, por desgracia su rostro había dicho la verdad antes de que sus manos pudieran dibujar una mentira en el aire.

—Sí, lo eres —le contestó por señas.

Él le miró las manos, confundido. Ella señaló su propia cara. Él la miró a la cara. Ella asintió con la cabeza de manera un tanto espectacular. Él se puso colorado. Ella se rió. Él se rió también.

—Antes que nada, tienes que comprender bien los cinco parámetros —le dijo por señas, despacio, refiriéndose a las cinco reglas básicas del lenguaje de signos americano, a saber: la forma de la mano, la orientación, la situación, el movimiento y las señas no manuales. Más confusión.

Ella le quitó el libro y lo fue hojeando hasta la portada. Señaló algunos preceptos básicos.

Él miró aquella sección, asintiendo con la cabeza. Levantó la vista y dio forma a una mano, algo burdamente, para decirle “gracias”. Luego añadió:

—Si alguna vez quieres enseñar, yo seré tu primer alumno.

Ella sonrió y dijo:

—Encantada.

Un minuto después, ella subió al autobús. Él, no. Al parecer, estaba esperando el de otra línea.

*Enseñar*, pensó Colleen mientras se acomodaba en un asiento de la parte delantera. Quién sabe, algún día... Siempre había sido pa-

ciente con la gente, y tuvo que reconocer que le producía un agrado especial poder compartir su sabiduría con los demás. Por supuesto, su padre quería que fuera presidente de los Estados Unidos. O, al menos, fiscal general del país.

Unos momentos después, el hombre que iba a ser su alumno se levantó del banco de la parada y se deserezó. Luego tiró el libro a la papelera.

Era un día de mucho calor. Subió a su coche, miró la pantalla de cristal líquido de su móvil equipado con cámara de fotos. Había conseguido una foto bastante buena. Era guapísima.

Puso el coche en marcha, entró con precaución en la riada del tráfico y siguió al autobús a lo largo de Walnut Street.